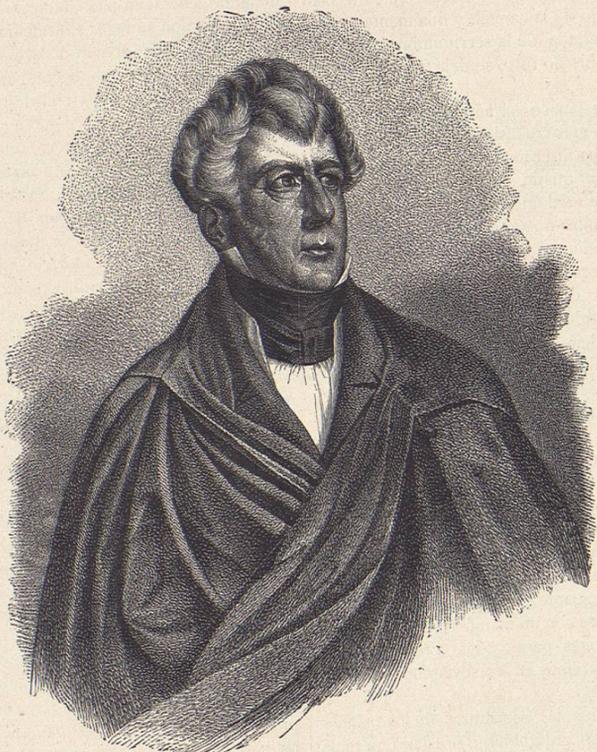


Compadecida miró la Europa la agonía de este pueblo heróico, pero ninguna potencia le alargó la mano en su tribulación. Metternich contestó por escrito á las súplicas de Czartorisky aconsejándole la sumisión incondicional. Por un momento pareció que un poder superior se había apiadado de los polacos enviando entre sus enemigos, los rusos, un auxiliar terrible, el cólera, que entonces apareció por primera vez en Europa é hizo con misteriosa rapidez millares de víctimas en Rusia, principalmente en las grandes ciudades. En muchas partes, el pueblo aterrizado acusó á los judíos de haber envenenado las aguas, y cometió contra estos desgra-

ciados actos de salvajismo feroz. En San Petersburgo fué menester que el mismo emperador se presentara en medio del pueblo, alborotado y loco, haciendo prosternar á la multitud en la calle para pedir socorro á Dios. Pronto llegó la plaga al teatro de la guerra: el 10 de junio llevóse al generalísimo ruso Diebitsch, siete días despues al virey, el gran duque Constantino, y el 24 á Gneisenau, que mandaba el ejército prusiano de observación; pero la misteriosa plaga apenas retardó días la ruina de Polonia, destrozada mas por las disensiones feroces, las intrigas, las calumnias y envidias de sus propios hijos que por las armas rusas. Skrzynecki



Chlopicki.—Copia de un cuadro hecho por Glowacki

fué destituido á solicitud de los jefes y oficiales del ejército que veían en él un traidor, el ejército quedó sin jefe hasta que Dembinski se prestó á encargarse del mando; pero en 15 de agosto el populacho, sublevado y ciego, derribó el gobierno de la capital, se apoderó del palacio, degolló cuarenta prisioneros que hizo en él, instituyó un nuevo gobierno bajo la presidencia del inepto Krukowiecki y dió el mando del ejército al valiente y honrado pero caduco Malachowski. Este, fuese por traición, fuese por arrojo temerario, cometió la falta de enviar veinte mil hombres, á las órdenes del aventurero Ramorino, á la otra orilla del Vístula, reduciendo con esto el número de defensores de la capital á treinta y cuatro mil hombres, mientras el generalísimo ruso Paskiewich pasó el rio cerca de Ossick, donde la frontera prusiana le cubría el flanco y espalda, y sin apresurarse, contra la opinión de su jefe de estado mayor Toll, que aconsejaba la mayor rapidez, avanzó hacia Varsovia. Una vez delante de la ciudad intimó á sus defensores la rendición, ofreciendo condiciones benignas; pero fueron rechazadas por el partido demagógico,

que desenfrenado reinaba en la ciudad y en el parlamento. Lo mismo sucedió cuando el 6 de setiembre los rusos se apoderaron de Wola (1), llave de la capital, y Krukowiecki presentó á la asamblea las condiciones de rendición que habia convenido con el general en jefe ruso. Habiendo caído en manos de los rusos las obras exteriores, volvió á proponer Krukowiecki la rendición, pero sin mas resultado que ser destituido por el parlamento furioso, y el 8 del mismo mes tuvo que rendirse la ciudad á discreción. El parlamento salió escoltado por todo el ejército polaco, que á las órdenes de Rybinski trató de continuar la lucha, apoyado en la fortaleza de Modlin; pero cuando Rybinski supo que Ramorino con sus veinte mil hombres se habia dejado arrojar por los rusos al territorio austriaco, es decir, á Galitzia, no aguardó ya otro ataque y se dirigió á marchas forzadas, con los últimos veintimil hombres y noventa y cinco piezas de artillería, á la

(1) Aldea cerca de Varsovia, en cuya inmediación eligió antiguamente la nobleza polaca sus reyes.

frontera prusiana, que pasó cerca de Lipno, y allí fueron desarmados todos. Las dos plazas fuertes de Modlin y Zamosc se entregaron al vencedor.

El castigo fué proporcionado á la dureza de la resistencia. Desde luego perdió la Polonia la constitución otorgada por el czar Alejandro, siendo reemplazada en 26 de febrero de 1832 por un estatuto orgánico que solo conservaba las disposiciones dirigidas contra la nacionalidad polaca. Innumerables confiscaciones castigaron á los jefes de la nobleza que se habian librado por la fuga del castigo directo; Paskiewich fué nombrado gobernador general y recompensado

todos los revolucionarios, y recibieron estímulo de este y de los ministros Molé y Sebastiani, que les dieron palabra de que ningun soldado austriaco pondría el pié en ningun país italiano donde el pueblo se levantara y se organizara formalmente. El mismo rey en persona les mostró su aprobación (1). El caso era que respecto de Italia, mas que en otras cuestiones internacionales, los hombres de Estado franceses creyeron poder hacer un papel doble, ostentando públicamente su amor á la paz general y fomentando oculta-

tamente la revolución. Esta vez los revolucionarios italianos no eligieron por teatro de la insurrección ni Nápoles ni el Piamonte como en 1821, sino los Estados menores del centro, incluso los de la Iglesia, completamente perdidos bajo el régimen teocrático, y además sin jefe desde el fallecimiento del papa Pío VIII, ocurrido en 30 de noviembre de 1830. El movimiento debía estallar en Módena, cuyo soberano, el duque Francisco IV, por medio del opulento industrial Menotti mantenía inteligencias entre los conjurados haciendo él mismo por sí el papel de espía y de traidor, porque en el momento oportuno hizo cercar y poner presos á los demasiado incautos, el 3 de febrero de 1831. El día antes el cónclave, avisado por el duque del peligro, habia elegido al nuevo pontífice Mauro Capellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI. No impidió esto que el 5 del mismo mes estallara la revolución en Bolonia, donde se formó un gobierno provisional que declaró abolido el gobierno temporal de los papas. El movimiento se extendió: las Legaciones, las Marcas y la Umbría se unieron á Bolonia; los pueblos de Módena y Parma se levantaron tambien y sus soberanos tuvieron que refugiarse en territorio austriaco, y en 4 de marzo de 1831 la asamblea constituyente de los países sublevados proclamó la constitución de las *Provincias Unidas de Italia*.

Quince días antes, en 19 de febrero, el cardenal secretario Bernetti se habia dirigido en tono lastimero al gobierno austriaco impetrando su auxilio contra la revolución, y con la misma fecha habia comunicado Metternich á las grandes potencias la opinión del gobierno austriaco respecto de los sucesos de Italia, diciéndoles que la cuestión romana era una cuestión europea, pero que tocaba al Austria, como cosa natural y por obligación de familia, el restablecimiento del orden en los ducados. Conformáronse todas con este modo de ver; solo el gobierno francés, olvidando sus promesas, observó que no se opondría á la ocupación de Módena y Parma por fuerzas austriacas, pero si se extendiese la ocupación á los Estados de la Iglesia la consideraría como una provocación, y si se extendiera al Piamonte como una declaración de guerra. Ambas potencias se miraban mutuamente y empleaban un lenguaje fanfarrón para ocultar su miedo, graduando cada una su arrogancia á tenor de las señales de susto que creía descubrir en la otra, hasta que Metternich creyó tener bastante reforzado y preparado el ejército austriaco de Italia para obrar, porque se dijo que mas valia al poder austriaco en Italia sucumbir con las armas en la mano que acabar ignominiosamente á manos de la revolución. Tan inevitable creyóse en París la guerra que el embajador francés en Viena, el mariscal Maison, recibió orden de avisar á su colega en Constantinopla, el general Guilleminot, que excitara al gobierno del sultan á atacar al Austria y á la Rusia por su parte. Luis Felipe y Sebastiani reprendieron fuertemente á Lafitte, presidente del ministerio, por haber autorizado semejante correspondencia belicosa, lo cual fué causa de que Lafitte dimitiera.

(1) Véase la obra alemana de Prokesch-Osten: *El duque de Reichstadt*, págs. 155 y siguientes.



Skrzynecki.

Copia de un grabado en acero hecho por G. W. Lehmann

con el título de príncipe de Varsovia (Warchavski), con órden terminante de rusificar por todos los medios posibles y sin consideración alguna todo el país para mejor evitar nuevas sublevaciones.

Desde Waterloo y Navarino ningun suceso habia conmovido tan hondamente á la Europa como la caída de Varsovia. Nadie preguntaba hasta dónde tenían la culpa los polacos; no habia mas sentimiento predominante que la conmiseración por los fugitivos polacos, que en su mayoría buscaron asilo en Francia, y el horror al despotismo ruso y á los demás gobiernos que le habian facilitado su obra de destrucción de la Polonia.

#### ITALIA Y SUIZA

Cuando la conferencia de Londres se decidió por la independencia de Bélgica, y el parlamento polaco reunido en Varsovia proclamó el destronamiento de la familia Romanoff, estalló la revolución en la península apenínica amenazando causar en toda Europa la temida conflagración que en Bélgica y Polonia se habia limitado, por los esfuerzos de la diplomacia, á cada uno de estos dos países.

Era mas que natural que los patriotas italianos, vencidos, desengañados y dispersos, saludaran con esperanzas nuevas la revolución francesa de julio, como un rayo de luz que penetraría tambien en su patria y dispersaría allí las densísimas tinieblas de la reacción. Algunos patriotas, antes de dar ningun paso decisivo, consultaron á Lafayette, el patrono de

Entre tanto volvieron a sus Estados, al amparo de las bayonetas austriacas, el duque de Módena Francisco IV, el 9 de marzo de 1831, «para cumplir, según decía, uno de los deberes más sagrados del soberano, a saber, el castigo de los rebeldes,» y la duquesa de Parma, María Luisa, hija del emperador Francisco II y viuda del emperador Napoleón. Lo primero que hizo el duque de Módena fué mandar ahorcar al desdichado fabricante Menotti, tan vilmente engañado por él.

De allí pasó el general austriaco Frimont a ocupar sucesivamente a Bolonia, Rímmini y Ancona; y una semana después, en 26 de marzo, habiendo sido derrotado el ejército italiano mandado por el general Zucchi, se sometió el gobierno provisional al legado pontificio, bajo la promesa de una amnistía.

Todo esto se hizo en menos de un mes, sin que por la parte de Francia se diera el menor paso para defender el principio atropellado de la no-intervención, porque el temor de la guerra, que era segura si se oponía abiertamente al Austria, tuvo paralizados los brazos de Luis Felipe, que comprendía que en caso de romperse las hostilidades se quedaría completamente aislado, sin más aliado que la revolución. A este temor se agregó el de las ambiciones napoleónicas, cuyos representantes estaban en relación con los patriotas italianos y querían servirse de ellos como escalón para restablecer y ocupar el trono imperial. Estas relaciones hicieron perder a los patriotas italianos el auxilio de la Francia, que tan necesario les era y con el cual contaban (1). Metternich hizo servir esta terrible arma para atar más las manos al gobierno francés, al cual no cesó de predicar por medio de su embajador en París, el conde Apponyi, que la revolución italiana era enteramente napoleónica (2), y que si la Francia apoyara la revolución en Italia, el Austria, segura del concurso de Rusia y Prusia, apelaría a un recurso extremo, ya que el duque de Reichstadt tenía la ventaja de la edad sobre el duque de Burdeos (3). El mismo emperador Francisco II dijo por entonces a su nieto, consumido por la tisis y por una ambición enteca: «Si te presentases solo en el puente de Estrasburgo, pronto acabarían los Orleans en París.»

La entrada de Perier en el ministerio acabó con las caricias insustanciales que el gobierno hacía a los revolucionarios

(1) El príncipe Luis Napoleón hallábase en Ancona, enfermo del sarampión, enfermedad de que su hermano mayor murió en Forlì en 7 de febrero del mismo año, cuando los austriacos ocuparon aquella ciudad. Su madre, la ex-reina Hortensia, le sacó disfrazado de criado suyo y se dirigió con él a París, donde tuvo una entrevista con el rey Luis Felipe, que le proporcionó a ambos los medios de pasar a Inglaterra. El jefe de policía de París en aquella fecha, Claude, dice en sus *Memorias*, tomo I, 57, que la visita de Hortensia no tuvo más objeto que desvanecer en el ánimo del rey toda sospecha respecto de las intenciones de su hijo, el cual tramaba ya entonces una revolución militar a su favor. Una indicación análoga se encuentra en las *Letras sur l'histoire de France*, pág. 13, del duque de Aumale.

(2) En la carta que el canciller austriaco escribió al citado embajador con fecha 21 de junio de 1832, se lee: «Ruego a V. que llame la atención del rey Luis Felipe sobre el personaje que ha de heredar las pretensiones del duque de Reichstadt (hijo de Napoleón I y nieto del emperador de Austria). Me sirvo de la palabra *heredar* porque en la familia Bonaparte y en su partido se admite la herencia y sucesión abiertamente. El joven Luis Bonaparte está iniciado en lo que traman los partidos, y no se halla colocado, como el duque de Reichstadt, bajo la égida de los principios del emperador. El día en que muera el duque de Reichstadt, él se considerará llamado a ponerse a la cabeza de la república francesa.» *Papeles póstumos*, tomo V, pág. 277.

(3) Tenía entonces 21 años y un mes, pero aquel mismo año murió de tisis pulmonar, cuyos primeros síntomas se habían presentado dos meses antes. El duque de Burdeos, ó conde de Chambord, tenía diez años menos.

italianos, y una de sus primeras disposiciones fué impedir que los cuerpos de voluntarios que se estaban formando en Marsella y Lyon, entrasen en Italia; pero en cambio exigió del Austria, como condición imprescindible de la conservación de la paz, la evacuación inmediata de los territorios y plazas que tenía ocupados, advirtiéndole que el 24 de julio se abrían las cámaras en París, y que si entonces los austriacos no se habían retirado, los franceses ocuparían a Civitavecchia ó Ancona. Metternich se conformó, porque el Austria tenía interés en robustecer la posición de Luis Felipe desde que veía en él una nueva garantía de paz, y mucho más sabiendo, como sabía, que en caso de una ruptura con Francia no podía contar para nada con el auxilio armado de la Prusia. Aun hizo más, que fué adherirse en nombre de su gobierno a la reclamación que Francia y las demás grandes potencias dirigieron al papa invitándole a introducir reformas capitales en la administración de los Estados de la Iglesia (4). Sucedió, sin embargo, que los boloñeses se rebelaron, después de la partida de los austriacos, contra las hordas que bajo el nombre de tropas pontificias ocuparon el país y lo asolaron, saqueando, violando, asesinando y robando hasta los templos. Entonces el papa volvió a llamar a los austriacos contra los infortunados súbditos, pero cuando, en efecto, regresaron y ocuparon de nuevo la ciudad, en 28 de enero de 1832, Perier realizó al momento su amenaza y envió una escuadra de guerra que en 22 de febrero ocupó a Ancona, sin hacer el menor caso de las protestas é indignación del papa, declarando tranquilamente que los franceses no evacuarían a Ancona hasta que los austriacos hubiesen evacuado las Legaciones. En el fondo todo esto no era más que una fanfarronada calculada para halagar a los franceses, dar que hablar en la cámara de diputados y producir una impresión saludable en toda la Europa, aprovechando el temor general de nuevas guerras. La guarnición francesa continuó en la ciudadela de Ancona hasta fines del año 1838, después que los austriacos evacuaron completamente los Estados de la Iglesia; pero Luis Felipe había dado ya suficientes satisfacciones en Viena, asegurando que nada estaba más lejos de su mente que hacer la competencia al Austria en Italia. Por lo demás, aquello de las reformas de los Estados pontificios quedó completamente olvidado desde que Bernetti contestó con gran arrogancia a las reclamaciones de las potencias que «el Padre Santo sabía mejor que nadie lo que debía a sus pueblos.» El papa hizo redactar algunas leyes inocentes, que no se cumplieron, y lo demás lo arreglaron los regimientos de suizos que la curia romana contrató por 22 años, y la sociedad secreta de los *sanfedistas*, que con su terrorismo restablecieron la paz y el silencio en las infortunadas provincias, al paso que permitían a la curia molestar al gobierno de Viena con pequeñeces por su política eclesiástica interior. Metternich consiguió la exoneración de Bernetti, pero la situación interior, es decir, la reacción, continuó del mismo modo bajo el mando de su sucesor Lambruschini (5).

En el reino de Cerdeña no anduvieron las cosas tan mal. Allí, en 27 de abril de 1831, a la muerte de Carlos Félix, último vástago varón directo de la casa de Saboya, subió al

(4) Prokesch-Osten, jefe de estado mayor del ejército austriaco de ocupación en Bolonia, escribió en 4 de mayo de 1831 a Gentz: «Difícilmente habrá país en Europa más infamemente gobernado que este.» Papeles póstumos del mismo.

(5) Guizot cita como característica sobre este gobierno eclesiástico, en sus *Memorias*, tomo VII, pág. 289, la siguiente relación que Metternich hizo por entonces al embajador francés: «Había yo remitido al Padre Santo una constitución, un proyecto de reforma, nada, la cosa más inocente del mundo. El Padre Santo lo recibió con benevolencia, pero los cardenales, a los cuales lo presentó, le dijeron: «Deje Vuestra Santidad eso y devuélvalo al jacobino que se lo envió.»

trono el príncipe de Carignan, Carlos Alberto, que a pesar de su conversión al absolutismo, introdujo muchas reformas acertadas, lo cual, sin embargo, unido a la solicitud que empleó para poner en buen estado su fuerza armada y a la independencia que mostró desde el primer día de su reinado, despertó los recelos del Austria.

En Toscana regia el sistema absoluto pero paternal, bajo el gobierno del gran duque Leopoldo, que realizó notabilísimas obras de utilidad pública y protegió en gran manera la literatura.

En Nápoles reinaba, desde el 8 de noviembre de 1830, Fernando II, que se mantuvo aislado en cuanto pudo del mundo político y solo se aplicó a poner orden en la hacienda de sus Estados, destruir el bandolerismo y rechazar, alentado por la Inglaterra, toda tutela del Austria; pero las esperanzas de los liberales quedaron aplazadas indefinidamente y el desengaño amargo que esto produjo en la población ilustrada acumuló materiales mal sanos para nuevas conspiraciones.

La Suiza resintióse también de la conmoción general. En 1830 observáronse los primeros síntomas de un espíritu moderno más ilustrado y más liberal que pugnó por introducir reformas y abolir vicios y abusos tradicionales en la constitución interior y en el modo de ser de la confederación, que el congreso de Viena había dejado en estado indefinido. Era, en efecto, un conjunto de cantones poco unidos, con instituciones heterogéneas, sin más órgano común que una especie de congreso que en nulidad rivalizaba con la famosa dieta alemana de Francfort, y que se reunía sucesivamente en Berna, Zurich y Lucerna. En cada cantón dividíase la población en rural, urbana y patricia. Los patricios, que naturalmente formaban una casta privilegiada en cuyas manos estaba el gobierno del cantón, cuidaban de que este conservara su independencia para no perder ellos su privilegio de gobierno con sus abusos. Bajo este régimen prosperó como en todas partes la influencia del clero católico; los jesuitas se establecieron en Friburgo, desde donde como centro hicieron hábil y activísima propaganda, mientras los gobiernos absolutistas encontraban en ellos y en las autoridades civiles la acogida más favorable para sus pretensiones, principalmente el austriaco, que fué puntualmente servido en todas sus reclamaciones sobre la prensa suiza y los refugiados políticos alemanes. En 4 de junio de 1830 el cantón del Tesino se dió una constitución democrática, que es la más antigua de todos los cantones suizos, y siguieron su ejemplo los cantones de Appenzell y Lucerna. Vino en seguida la revolución francesa, y entonces se multiplicaron en todos los cantones las reclamaciones del pueblo en favor de una constitución formal y moderna; en cada uno sucesivamente fué cayendo el gobierno de la aristocracia y ganó terreno la idea, entre la gente ilustrada y liberal, de una reforma radical del pacto federal en sentido de una unión más íntima y sólida; pero debían pasar muchos años antes de que esta idea ganara prosélitos suficientes para traducirse en hecho. Por lo pronto sucedió lo contrario, porque los tres cantones de Basilea, Schwytz y Vaud se desmembraron, dividiéndose Basilea en ciudad y campo; Schwytz en interior y exterior, y Vaud en parte alemana ó alta y parte francesa ó baja. Los cantones de Berna, Argovia, Turgovia, San Gall, Soleura, Zurich y Lucerna pidieron al congreso federal una revisión del pacto y habiendo sido su petición rechazada formaron, en 17 de marzo de 1832, para conseguirlo, una alianza. Contra esta formaron otra los cantones primitivos, a los cuales se agregaron los de Vaud y Neuchâtel. Ambos partidos llegaron repetidas veces a las manos, y en Schwytz, Basilea, Neuchâtel y Vaud corrió la sangre. Tuvo, pues, que interponerse el

congreso federal y decretar la disolución de la alianza segunda, así como la reunión de las dos divisiones que se habían formado en los cantones de Vaud y Schwytz, pero reconoció la del de Basilea en ciudadana y rural, con la condición de que en sus relaciones con la confederación no serían considerados más que como un solo cantón.

## ALEMANIA

La revolución francesa de 1830 señala para la Alemania una nueva era, porque hizo brotar en este país el impulso que conduce a la libertad política, impulso detenido hasta entonces, y con más fuerza que nunca, por sus gobiernos absolutos. Este impulso fué desde entonces creciendo, a pesar de todos los esfuerzos de los gobiernos para ahogarlo, hasta que otra tempestad procedente de Francia lo hizo estallar en manifestaciones abiertamente revolucionarias. En aquella época, sin embargo, el espíritu nacional en Alemania estaba todavía tan en embrión que los sucesos ocurridos en París solo produjeron algunos deseos aislados de ver desaparecer los inconvenientes locales que tenían completamente encadenada y reducida a reglamentos opresores é inaguantables la vida pública, principalmente en los Estados del Norte.

En el reino de Sajonia, los tumultos callejeros que ocurrieron en Dresde y Leipzig fueron aprovechados por la parte menos reaccionaria de la nobleza para conseguir la destitución del omnipotente ministro principal del rey, Einsiedel, y para obligar al anciano y caduco rey Antonio a asociar al trono a su sobrino el príncipe Federico Augusto y a dar a la representación parálitica de los Estados generales una organización algo más adecuada a las necesidades modernas, como lo hizo por decreto del 4 de setiembre de 1831.

En el Hesse-Electoral se hallaban las cosas en peor estado que en Sajonia. En ninguna corte de los soberanos grandes y pequeños de Alemania andaba más por el suelo la dignidad individual del monarca y de sus súbditos que en la corte de Cassel, donde el crapuloso príncipe elector Guillermo II, que reinó desde 1821 hasta 1847, estaba desde su separación de su esposa, hermana del rey de Prusia, enteramente dominado por una tal Lehmann, mujer comprada por el elector a su marido, y a quien el emperador de Austria, a propuesta de Metternich, había dado el título de condesa de Reichenbach a fin de tener en ella un instrumento dócil contra la Prusia. Esta conducta escandalosa del elector iba unida a una codicia insaciable y vil, de tal suerte que apuraron la paciencia de los hessenses. El príncipe se vió obligado a convocar los Estados generales y a aceptar una constitución bastante liberal que elaboraron con la cooperación de Silvestre Jordan, catedrático de Marburgo. Cuando regresó a la corte con insolente desdoro la querida del elector, que había huido para no ser víctima de la indignación del pueblo amotinado, manifestóse la misma indignación general, y entonces el elector dejó el cuidado del gobierno en calidad de regente a su hijo, en un todo digno retrato de su padre, y prefirió retirarse a Hanau y después a Francfort.

En el gran ducado de Hesse-Darmstadt hubo también tumultos y excesos contra las aduanas, los empleados y los propietarios rurales.

Más serios fueron los desórdenes en Hanover, el país ideal de los hidalgüelos feudales de aldea desde que los soberanos del país eran reyes de Inglaterra y residían en Londres. En Osterode y Gotinga hubo de intervenir la fuerza armada para restablecer el orden; el duque de Cambridge, hermano del rey Guillermo IV de Inglaterra y primero en Hanover, y nombrado virey de este último reino en 22 de